



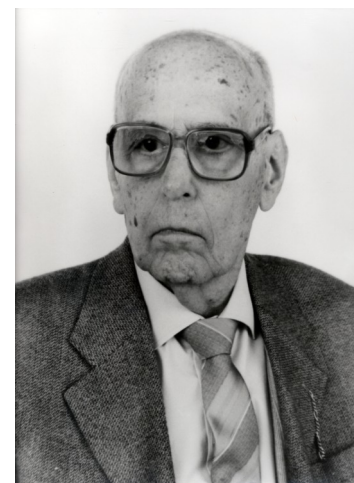
EL MUSEO CANARIO
ESTABLECIDO EN 1879

Callejeando por Las Palmas de Gran Canaria
JOSÉ MIGUEL ALZOLA

Luis Regueira Benítez, bibliotecario de El Museo Canario

Fue en el año 2007 cuando José Miguel Alzola recibió un escrito del Consejo Municipal de Cultura de Las Palmas de Gran Canaria comunicándole la decisión de asignar su nombre a un nuevo parque de la ciudad. Don José Miguel contaba ya 94 años, pero conservaba intactos algunos de los rasgos más notables de su personalidad, como su mente curiosa y despierta y su ingenioso sentido del humor. Gracias a que también conservaba el hábito de escribir, estas cualidades quedaron recogidas en una nota que redactó ese mismo día y en la que bromeaba sobre la posibilidad de que el parque que le ofrecían fuera un parque de bomberos, de automóviles o de artillería, o, por qué no, un parque de atracciones. El escrito rezuma, pese a los achaques que ya sufría, un entrañable sentimiento de felicidad. Su personalidad modesta no era inmune a las alabanzas. Pero tampoco se dejaba arrollar por ellas, como demostró cuando rechazó de plano la propuesta del alcalde Cardona de que la histórica calle de La Peregrina se rotulara también con su nombre, idea lanzada durante el homenaje que se le tributó en vísperas de su 99 cumpleaños.

José Miguel Alzola González nació en esta misma calle de Las Palmas de Gran Canaria el 24 de marzo de 1913. Si tuviéramos que ceñirnos a las formalidades diríamos que su profesión fue la de abogado, y, en efecto, se licenció en Derecho en La Laguna después cursar los estudios secundarios con los jesuitas de su ciudad. Sin embargo, no lo encontramos inscrito en el Colegio de Abogados de Las Palmas hasta 1949. Entretanto se empleó en obtener el título de Magisterio y el de diplomado en Estudios Mercantiles, y durante un tiempo ocupó por oposición el puesto de director del Reformatorio Provincial de Menores. Solo después de estos comienzos se decidió a establecerse como abogado.



Pero centrar su vida en los aspectos laborales no sería justo. Sus inquietudes sociales y culturales no le permitieron conformarse con el trabajo de los pleitos y los despachos, de manera que buscó otros compromisos ajenos al foro. Uno de ellos fue con El Museo Canario, entre cuyas paredes transcurrió buena parte de

su longeva existencia desde antes, incluso, de ingresar como socio de número en 1952. Enseguida asumiría responsabilidades en su junta directiva, primero como tesorero y después como bibliotecario, secretario y, finalmente, presidente. En este último cargo, que ejerció cuatro veces consecutivas entre 1972 y 1987, se reveló personalmente como uno de los activos patrimoniales más valiosos de la sociedad científica, por lo que fue nombrado Socio de Honor el mismo año en que dejó el cargo. Cedía una institución completamente remozada, con la mayoría de sus salas reacondicionadas para ofrecer un discurso coherente centrado en la historia prehispánica de Gran Canaria. En realidad nunca se desvinculó de esta institución, a la que legó su valioso archivo personal para que estuviera a disposición de toda la sociedad.

Otro compromiso importante fue el que asumió como delegado provincial de Bellas Artes, cargo que ejerció de forma desinteresada entre 1969 y 1984. En su desempeño se creó un nutrido conjunto de Monumentos Histórico-Artísticos formado por edificios religiosos y civiles y por yacimientos arqueológicos. Además, por su iniciativa se acondicionaron lugares tan representativos como el Cenobio de Valerón y la Cueva Pintada de Gáldar.

Pero no hay duda de que la actividad de la que más disfrutó don José Miguel a lo largo de toda su vida fue la indagación en la historia local. La curiosidad insaciable que lo empujaba una y otra vez por el camino de la investigación dio como fruto una treintena de monografías que harán que lo recordemos para siempre como historiador. Fue, sin embargo, un historiador atípico, pues sus obras, que versan sobre los acontecimientos

que marcaron el pulso de su ciudad a lo largo del siglo que le tocó vivir y sobre algunos de los personajes más ilustres que pisaron nuestras calles, llevan dos ingredientes inusuales en este género: un delicioso estilo literario y una emotiva carga autobiográfica. Con el rigor de un cronista metódico y la pasión de un testigo curioso, daba a sus escritos un estilo jugosamente cercano, lejos del academicismo inasible de algunos de sus contemporáneos.

La labor investigadora de José Miguel Alzola no fue precoz. Contaba ya 47 años cuando publicó en la revista *El Museo Canario* su primer trabajo, «Iconografía de la virgen del Pino», un estudio que parecía modesto pero que escondía un hallazgo importante para el patrimonio documental canario, como fue el grabado que estampó Manuel Salvador Carmona sobre un dibujo de José Rodríguez de la Oliva. Un año después, Alzola ya publicaba su primera monografía, que profundizaba en la biografía del médico e intelectual decimonónico Domingo Déniz Grek. A partir de ese momento, la laboriosa reconstrucción de la historia se convirtió en su actividad más notable.

Varios son los libros de José Miguel Alzola que han tenido una trascendencia especial. Un ejemplo es *La rueda en Gran Canaria*, pequeña obra de 1968, reeditada en 1997, que glosa el progreso de la isla tomando como excusa la evolución de los medios de transporte. Se trata de un libro con gran valor etnográfico y con fuerte carga autobiográfica, como lo serían más tarde *La Navidad en Gran Canaria* (1982, reeditado en 2005), *El millo en Gran Canaria* (1984) y, sobre todo, *Biografía de una calle: La Peregrina* (2001).

Pero donde el historiador se sintió verdaderamente cómodo fue en las investigaciones biográficas, género en el que se convirtió en un verdadero maestro por su estilo cercano y ameno. *Don Chano Corvo (crónica de un jardinero y su jardín)*, de 1973 y reimpreso en 1999, donde se recoge la vida de su pariente Sebastián González Corvo, es el ejemplo más claro, pero no el único. Las biografías de Juan de Quesada (1997), Eduardo Benítez González (2003) y Salvador Cuyás (2005) también son memorables, como lo son las obras dedicadas a Víctor Grau-Bassas (1980) y a Andrés Navarro Torrens (1999), dos de los miembros fundadores de El Museo Canario.

Los libros de Alzola explican muy bien su carácter. Don José Miguel era al mismo tiempo riguroso y sensible, sabio y humilde, enérgico y cercano... Una personalidad que facilitaba de forma extraordinaria sus relaciones sociales y que parecía conjurar incluso los achaques de la senectud, pues ya rondaba la edad de un siglo cuando aún era posible verlo paseando por las calles o escudriñando papeles viejos en El Museo Canario con su inagotable vitalidad y su asombrosa lucidez.

El 6 de mayo de 2014 la biografía de José Miguel Alzola González acumulaba una buena cantidad de honores y distinciones. Era miembro correspondiente de varias reales academias y de otras instituciones culturales, y había sido reconocido con el Premio Canarias de Patrimonio Histórico, con la Gran Cruz de la Orden de las Islas Canarias y con los títulos de hijo predilecto de su ciudad y de su isla. Al día siguiente todos los periódicos daban la noticia de su fallecimiento, punto final de una vida que se prolongó durante 101 años y que merecería ser escrita por alguien como él.



Artículo publicado en *La provincia* el 8 de agosto de 2021.